

LA COMPLEJIDAD de la paz

La corrupción política, el narcotráfico y un incipiente terrorismo sectario ensombrecen el futuro de un país que ha conseguido poner fin a decenios de guerra





Pepe Díez

La prioridad de la ISAF es conseguir que los afganos sean responsables de su propia seguridad. En la foto, un convoy español en la provincia occidental de Qala-i -Naw.



Syed Jan Saharoon/ EFE

Soldados estadounidenses y miembros de las Fuerzas de Seguridad afganas inspeccionan conjuntamente los efectos de un atentado cerca de Kabul.

NADA es fácil en un país como Afganistán. Décadas de guerra enquistada, de violencia estigmatizada, de conflictiva situación estratégica y de compleja orografía, se solapan con una economía manipulada por la producción y el tráfico de drogas, con la corrupción generalizada y con los reductos de un régimen opresor y machista que negó los más básicos derechos a su población. Pero hoy Afganistán, al menos, camina hacia la consolidación de la paz. El año que ahora comienza será decisivo para afianzar la progresiva transferencia de la seguridad a los propios afganos y completar la retirada de las tropas de la OTAN que debe finalizar en el 2014.

Son varios los frentes abiertos. En primer lugar, el militar. Sin seguridad, es imposible afrontar otros retos. Y ese es, a día de hoy, el principal cometido de los 130.000 efectivos humanos (90.000 de ellos estadounidenses) de los 49 países que integran la Fuerza Internacional de Seguridad. En la Cumbre de Lisboa del pasado mes de noviembre, la Alianza Atlántica definió los nuevos cometidos en el país asiático dando prioridad a la formación de las Fuerzas de Seguridad Nacional Afganas (ANSF en siglas en inglés) y, siempre en virtud de las circunstan-

cias, fijando un calendario de traspaso de competencias y de repliegue internacional. Sin embargo, los elevados índices de desertión entre los nuevos soldados y los enfrentamientos con unidades de la coalición (el pasado día 20 de enero cuatro soldados franceses murieron por disparos de la fuerzas de seguridad afganas) siguen aportando datos preocupantes.

Por ello, la Misión de Entrenamiento de la OTAN —piedra angular de la actual estrategia de la ISAF— se focaliza en cinco áreas de acción: formación de instructores, relaciones con líderes locales, reducción del analfabetismo y fomento a la formación profesional (todos los reclutas que deseen ingresar en las nuevas fuerzas de seguridad afganas deben realizar un curso de alfabetización), limitar la corrupción en las áreas de la administración local y fomentar la creación de instituciones duraderas. Por todo ello se potencia la actuación conjunta de las unidades de la coalición internacional con las afganas: en 2011, más del 92 por 100 de los miembros del nuevo Ejército afgano y el 88 por 100 de los de la Policía habían participado como *asociados* de la OTAN en diferentes misiones.

En cuanto a operaciones de pacificación se puede decir que, en la actualidad, el 90 por 100 del país está bajo control.

Casi la totalidad del territorio afgano está ya pacificado

El refuerzo de 30.000 hombres que Estados Unidos envió a Afganistán hace seis meses con el objetivo concreto de pacificar el sur del país ha sido un éxito. Todos los países ya han anunciado plazos para la reducción de efectivos y, sobre todo, una adecuación de sus misiones. Los ataques contra las tropas

internacionales se han reducido de forma sustancial: según el Departamento de Defensa estadounidense, después de cinco años consecutivos de un aumento considerable de la violencia —el incremento fue del 88 por 100 en 2010 respecto a 2009— en el pasado año este tipo de acciones se redujeron en todo el país en más de un 60 por 100.

Es muy probable que Barak Obama, formalice en la próxima Cumbre aliada que se celebrará en mayo en Chicago



S. Saharwari/EFE

El clan de los Haqqani

DESDE el inicio de la guerra fue uno de los grupos más activos contra las tropas de la coalición. Y, a día de hoy, es uno de los que se mantienen más activos. Tras la desaparición de Bin Laden, la denominada *red Haqqani*, se ha convertido en el principal enemigo a batir. Su origen, financiado y armado por la CIA, se remonta a los años 90 en la lucha contra los soviéticos.

En este momento se calcula que cuentan con más de 4.000 hombres armados. Su líder más combativo, Surayudin Haqqani, ha logrado, según datos del Departamento de Defensa norteamericano, expandir su poder a Pakistán. Sin embargo, el Pentágono no quiere incluir a los miembros de este clan entre los grupos «terroristas» porque se cerraría cualquier posibilidad de negociación y reinserción en la vida civil de los antiguos combatientes.

Pertenecientes a la tribu zadrán y oriundos de la provincia suroriental afgana de Patkia, su estrategia se ha centrado sobre todo en la colocación de artefactos explosivos (IED) en las carreteras que explotan al paso de los convoyes de la OTAN y en emboscadas.

Es más, los expertos indican que muchos de sus miembros están vinculados no sólo con el tráfico de drogas y la extorsión sino también con los actos de terrorismo perpetrados tanto en Afganistán como en Pakistán. En unas recientes declaraciones, el jefe del Estado Mayor Conjunto de Estados Unidos, el almirante Mike Mullen, afirmó que existen pruebas fundadas que demuestran la vinculación entre los Haqqani y el servicio de inteligencia paquistaní (ISI). Argumento esgrimido por el Pentágono para explicar algunos de los últimos ataques de las fuerzas norteamericanas en suelo paquistaní.

Un grupo de talibanes durante una ceremonia de reconciliación con el Gobierno de dicha capital celebrada en Kabul en junio de 2010.

Considerado el grupo más activo de los talibanes, se les relaciona también con atentados contra civiles

una nueva modificación en la concepción de la misión en Afganistán que es ya una realidad sobre el terreno: los soldados se centrarán fundamentalmente en labores de protección a civiles y de entrenamiento a las FAS afganas y serán los drones (aviones no tripulados) y unidades especiales quienes se enfrente a los reductos de Al Qaeda. Operaciones, que, sin duda, incluirán territorio paquistaní como ya ocurrió con la muerte de Bin Laden el pasado mes de mayo.

Los últimos análisis de la OTAN confirman que buena parte de los reductos talibanes aún operativos han concentrado su actividad en la zona sur fronteriza con Pakistán. E incluso que muchas de las guerrillas insurgentes —se calcula que, a finales de 2011, los efectivos totales de la insurgencia estaban entre 5.000 y 8.000— se han refugiado en ese país vecino, entre ellos, los integrantes de la denominada *red Haqqani* (ver cuadro). Según un informe del Departamento de Estado norteamericano, la ciudad paquistaní de Chaman, en la provincia de Beluchistán, se ha convertido en el punto focal de la fabricación de Artefactos Explosivos Improvisados, IED de los insurgentes. Inmerso en una espiral de violencia terrorista y con un estado muy debilitado —el presidente Asif Ali Zardari apenas controla la situación y está siendo terriblemente cuestionado por su Ejército tras la intervención de tropas estadounidenses en su territorio— Pakistán es, en este momento, la pieza clave de la estabilidad regional.



Rahat Day/ EFE

Un agente de policía herido es atendido por sus compañeros tras un atentado terrorista perpetrado en la ciudad de Lahore, al este de Pakistán, el pasado día 10 de enero.

DIFERENCIAS INTERNAS

En el plano político y de normalización de la vida cotidiana los avances, aunque incuestionables, no han sido tan sólidos como se esperaba. La *Loya Jirga* celebrada en Kabul el pasado mes de noviembre y la Conferencia de Bonn, de diciembre, han permitido elaborar un estado de la cuestión y, sobre todo, delimitar un horizonte previsible para los próximos años. Hay tres cuestiones cruciales que ensombrecen el ya complicado futuro afgano: la corrupción generalizada; el tráfico de drogas (principal motor de la economía tanto de los insurgentes como de las mafias e incluso los poderes públicos); y la preocupante aparición de un terrorismo interno que despierta el tan temido fantasma de la guerra civil.

La Conferencia de Bonn, que reunió a delegaciones de 85 países pero sufrió la significativa ausencia de la delegación paquistaní, fue muy clara en su mensaje: la comunidad internacional mantendrá su compromiso con Afganistán más allá de la retirada militar del 2014, pero la ayuda financiera y política siempre estará condicionada a un más efectivo control de la corrupción. «No vamos a dejar a los afganos en la estacada» aseguró la anfitriona y canciller alemana, Angela Merkel al término

de la Conferencia, pero pidió a su homólogo afgano mayor transparencia y rigor en la gestión de los recursos.

Otro requisito clave en la estabilización es la reintegración en la vida de los insurgentes que abandonen las armas. El programa de reconciliación nacional establecido por Hamid Karzai en 2010 sí ha sido bastante efectivo: en diciembre de 2011 un total de 2.497 excombatientes había entregado oficialmente las armas. Sin embargo, se ha detectado una alarmante vinculación entre el narcotráfico y antiguos talibanes y se ha abierto la puerta a la siempre peligrosa impunidad. Muchos de los *señores de la guerra* han mudado su piel —pero no en algunos casos su fondo— y ahora ocupan puestos políticos de responsabilidad. Los ejemplos



Page Diaz

Los afganos —en la foto un joven zapatero en Qala-i-Naw— debe aprender a vivir en paz tras décadas de guerra.

más visibles son los dos vicepresidentes del Gobierno de Karzai, Mohamed Qasim Fahim y Karim Jalili.

TERRORISMO SECTARIO

Además es realmente preocupante el incremento en el país de nuevos grupos terroristas vinculados con Al Qaeda, poco numerosos cuantitativamente, pero con acciones selectivas e intencionadas contra la población civil. El pasado 5 de diciembre, y en un solo día, 80 civiles resultaron muertos y centenares heridos en dos atentados simultáneos perpetrados contra la comunidad chii. Uno en Kabul, donde se hizo estallar un artefacto entre una multitud congregada ante la ermita de Abu Fazi para participar en el duelo de la Ashura (tradicional fiesta chii que conmemora la muerte de un nieto de Mahoma). El otro, casi a la misma hora, se produjo durante otro acto religioso en una mezquita de esa confesión en la localidad de Mazar-i-Shari, al norte del país.

Se ha encendido la mecha de la temida violencia sectaria tan sanguinaria en toda la región y que dinamitaría cualquier posibilidad de enderezar el país (los chiitas son apenas el 20 por 100 del total de la población afgana pero cuentan con las simpatías de países como Irán y los ataques contra ellos forman parte de la partida que se está jugando entre los poderes fácticos de suníes y chiitas en todo el mundo árabe).

Según un reciente informe publicado en el Real Instituto Elcano por Fernando Reinares, especialista en terrorismo islamista, estos atentados ponen de manifiesto la probable intervención de activistas foráneos que se están infiltrando en territorio afgano (algo similar a lo que ocurrió en el Irak post Sadam). Un portavoz de los talibanes afganos negó la autoría de los atentados de diciembre y fue una organización yihadista paquistaní, Lashkar e Jhangvi (LeJ) quien se los atribuyó. Pero según Reinares, lo preocupante es que quizás se trate de varias patas del mismo entramado: la implicación entre LeJ, los talibanes y el mulá Omar (líder de Al Qaeda) en Afganistán parece más que demostrada.

Rosa Ruiz